JUAN IGNACIO **PIOVANI** LETICIA **MUÑIZ TERRA** coordinadores

## ¿CONDENADOS A LA REFLEXIVIDAD?

APUNTES PARA REPENSAR EL PROCESO DE INVESTIGACIÓN SOCIAL

Prefacio de Michael Burawoy

CLACSO
Editorial Biblos
2018

Hacia un encuentro de reflexividades: la entrevista biográfica
como interludio del proceso de investigación social
Leticia Muñiz Terra, Juliana Frassa y María de la Paz Bidauri 125
Del análisis a la escritura de textos biográficos: el lugar
de la reflexividad en las interpretaciones y puestas en montaje de las biografías
Leticia Muñiz Terra y Eugenia Roberti153
Nuevas fuentes de la imaginación sociológica: la operación
reflexiva y la construcción del objeto etnográfico
Paula Cuestas, Rodolfo Iuliano y Martín Urtasun 175
Reflexividad y roles en el trabajo de campo etnográfico
Nicolás Aliano, Soledad Balerdi, Julia Hang y Nicolás Herrera 205
¿Un pase de magia? Ejercicios de reflexividad a través
de dos procesos de análisis etnográficos
Ornela Boix y Nicolás Welschinger231
Métodos mixtos y reflexividad: explorando posibles articulaciones
Javier Santos, Pilar Pi Puig y María Eugenia Rausky263
Acerca de las/os autoras/es

## Prefacio: ciencia y reflexividad

## Michael Burawoy

Como cientistas sociales nos enfrentamos a un peculiar dilema: somos parte del mundo que estudiamos. Es como si estuviéramos en un autobús, abriéndonos paso a través de un denso tráfico, frenando en cada esquina para recoger y dejar pasajeros que se pelean, reflejo de la guerra que se desarrolla afuera. El bombardeo exterior nos va obligando a rediseñar nuestro autobús. Sus paredes están hechas de un fino papel que ya ha sido arrancado en algunas partes. Más allá de nuestros sueños y pretensiones, el nuestro no es un transatlántico que navega a través de aguas calmas.

Solo podemos hacer que las ciencias sociales avancen reconociendo nuestro dilema, estando en el mundo que estudiamos. Nos enfrentamos a una triple dialéctica. En primer lugar, una dialéctica *científica*: la interacción entre teoría y datos; en segundo lugar, una dialéctica *reflexiva*: la interacción entre participación y observación; en tercer lugar, una dialéctica *etnográfica*: la interacción entre las otras dos dialécticas, ciencia y reflexividad.

La ciencia en sí oscila entre dos polos opuestos, el empirista, en el que la teoría emerge como una tabula rasa desde los datos, y el teoricista, en el que los datos brotan tabula rasa desde la cabeza del teórico. La práctica científica está siempre en el medio.

De acuerdo con lo que sabemos sobre historia y sociología de la ciencia, ella avanza a través de paradigmas o programas de investigación amplios pero bien definidos, que se asientan sobre un determinado conjunto de supuestos, en lo que Imre Lakatos llamó "heurística negativa", supuestos que defendemos de la falsación mediante cinturones de teorías auxiliares diseñadas para absorber las anomalías externas y reconciliar las contradicciones

internas. La ciencia no es una máquina inductiva sino un programa de investigación progresivo.

Las disciplinas son comunidades que comparten un mismo entendimiento acerca de una serie de supuestos; tienen un proyecto en común, pero también son terrenos de competencia y lucha entre diferentes programas de investigación. Algunas disciplinas son autoritarias y están dominadas por un solo paradigma, como la economía neoclásica; otras, como la sociología, son más anárquicas y se componen de múltiples paradigmas en competencia.

Hay algunas disciplinas a las que podemos llamar posmodernas, como la antropología, que han promovido una rebelión contra la idea misma de disciplina y han procurado enterrar los restos de sus paradigmas, sus padres y madres fundadoras, más que construir a partir de ellos/as. Horrorizados frente a las condiciones coloniales de producción de su conocimiento, muchos antropólogos reclaman el rechazo de la dialéctica científica, reduciéndolo todo a la dialéctica reflexiva, una interacción que se desarrolla entre el participante y el observador. Estos posmodernos también suelen reducir aún más sus interpretaciones a una narrativa, entendida como el relato que los propios participantes se cuentan a sí mismos sobre sí mismos. Pueden incluso ver la antropología como una forma de investigación-acción en la que el observador se une a los participantes en un proyecto de transformación colaborativa. En el otro extremo del espectro reflexivo, se encuentran aquellos que reducen todo a sí mismos. En cualquiera de los casos la dialéctica científica resulta eclipsada.

En la posición diametralmente opuesta a la del posmodernismo se encuentran los positivistas, que piensan estar a bordo de un transatlántico, haciendo de cuenta que no existe una dimensión reflexiva y que podemos aislarnos exitosamente del mundo exterior, o al menos deberíamos intentar-lo. Tendríamos que construir barreras —una torre de marfil— para aislarnos del mundo. El ojo sociológico apunta hacia el exterior, pero no mira hacia adentro, objetivando el mundo sin objetivarnos a nosotros mismos. Los positivistas sufren de un dualismo metodológico: lo que aplica a los otros no aplica a sí mismos. Ellos son las excepciones a sus propias teorías. Mientras los posmodernos se ahogan, los positivistas desafían la gravedad y saltan fuera del agua.

Entonces, ¿cómo podemos aferrarnos tanto a la ciencia como a la reflexividad? No es fácil. Implica que tenemos que sumergirnos de manera autoconsciente y simultánea en dos universos: el mundo interno de la ciencia,

asentado usualmente en la universidad o en algún instituto, y el campo etnográfico exterior. Se debe rendir cuentas tanto a los participantes como a los colegas observadores, y cada quien hace preguntas distintas. Los observadores quieren determinar nuestra contribución a la ciencia y al cuerpo de conocimiento académico existente; los participantes quieren saber de qué forma vamos a mejorar sus vidas. El científico quiere aprender de un caso para ver cómo encaja en algún programa de investigación, los participantes quieren aprender sobre el caso para encontrar la cura a una enfermedad particular. Ninguna de estas presiones puede ignorarse. Esa es la ventaja de trabajar colectivamente en un proyecto como el que se describe en este libro, en el que los etnógrafos se ven continua y doblemente exigidos a dar cuenta de lo que hacen, desplazándose en un ida y vuelta entre la comunidad académica y la comunidad de los sujetos. No hay escapatoria a la dialéctica etnográfica.

Por ello, cuando organizo un curso de etnografía —y esto aplica por igual a la observación participante y a las entrevistas en profundidad— cada semana, incluso quizás dos veces por semana, nos reunimos como científicos para compartir nuestras notas de campo, someternos al criterio de la teoría extendida y relacionar nuestro trabajo con los estudios de otros académicos. Cada semana, a su vez, estamos en el campo, involucrándonos con aquellos a quienes estudiamos, respondiendo a sus demandas, intereses y preguntas sobre su propio mundo.

Nuestras notas de campo capturan nuestra esquizofrenia. Escribimos sobre nuestro compromiso con aquellos que estudiamos, describiendo en detalle conversaciones, dramas, rituales, conflictos y demás, pero luego trazamos una línea y nos preguntamos qué hemos aprendido hoy en relación con las preguntas analíticas que nos planteamos, qué cuestiones permanecen poco claras y cuáles deberíamos enfocar en nuestra próxima visita al campo. El trabajo de campo se convierte en un experimento iterativo en el que tratamos de cerrar el círculo entre teoría y datos, mientras estamos sujetos todo el tiempo a relaciones dinámicas con los participantes, por un lado, y con los colegas científicos, por el otro. Esta presión insoportable y la ansiedad que produce generan una comprensión genuina. No habría ciencia si el etnógrafo no sufriera.

Para recordarnos a nosotros mismos que no somos una excepción a nuestras propias teorías, uno de los miembros del seminario puede tomarlo como objeto de observación. Todos aprendemos lo que significa ser estudiados,

experimentar la violencia simbólica que ejercemos sobre otros, e incluso podemos aprender a resistir la objetivación que realiza nuestro colega. El seminario se vuelve una riña de gallos. Podemos llegar a exigir la revisión de las notas de campo del etnógrafo, reclamando que se respeten nuestros intereses.

Nuestro etnógrafo totémico se atreve a diseccionar los sesgos ocultos que nos rehusamos a declarar y, en respuesta a su mirada, nos vemos de repente afirmando con desesperación que somos positivistas imparciales. Luchamos para hacer que nuestro etnógrafo nos rinda cuentas, pero descubrimos que no hay un "nosotros" –somos, después de todo, un grupo dividido, cada cual ocupado en la presentación de sí mismo–.

En cambio, si nuestro etnógrafo interno quiere preservar la amistad de sus colegas, puede intentar constituir al colectivo etnográfico como un grupo homogéneo en guerra con las aplastantes fuerzas externas a la universidad. La universidad impone todo tipo de restricciones: el control de los protocolos para la investigación con seres humanos, la preferencia por metodologías más positivistas, el desvío de energías en actividades complementarias, la evaluación de investigadores sobre la base de sus publicaciones, etc. Una vez más, queda en evidencia que la universidad está lejos de ser una plataforma neutral para la promoción de investigaciones imparciales. En cambio, es también un campo institucional de competencia, lucha y dominación; como dice Bourdieu, una "guerra de guerrillas". Al examinar a la comunidad etnográfica descubrimos que la universidad está siendo azotada por las presiones conjuntas de la racionalización y la mercantilización, o bien la racionalización a través de la mercantilización o la mercantilización a través de la racionalización. Se trata, en definitiva, de las mismas presiones que, aunque con distintas formas, están siendo experimentadas en el campo más amplio de la investigación. Ya no podemos seguir viendo a la universidad, si es que alguna vez pudimos, por fuera o más allá de las catastróficas presiones del capitalismo contemporáneo.

Esta es la conclusión: si antes los cientistas sociales podían elegir ser reflexivos, hoy estamos forzados a serlo. En el siglo XX la universidad fue una ciudadela protegida dentro de la cual el positivismo podía reinar; en el siglo XXI el capitalismo ha decretado que la universidad y sus habitantes ya no están protegidos. Somos todos participantes del mundo que estudiamos y, por lo tanto, la etnografía se ha convertido en el prototipo de toda ciencia.

## Introducción

Juan Ignacio Piovani y Leticia Muñiz Terra

Este libro es resultado del proyecto titulado "La reflexividad metodológica en las ciencias sociales: análisis del proceso de investigación social", acreditado en el marco del Programa de Incentivos del Ministerio de Educación de la Argentina y financiado por la Universidad Nacional de La Plata, que tuvimos el gusto de dirigir entre los años 2014 y 2015.

El texto forma parte del trabajo colectivo que realizamos en el marco del proyecto con un equipo de investigación interesado por el avance y desarrollo de los métodos de investigación en las ciencias sociales, radicado en el Centro Interdisciplinario de Metodología de las Ciencias Sociales (CIMeCS), unidad de investigación del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS), dependiente de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina.

El objetivo principal del libro es presentar una revisión de la reflexividad metodológica que se desarrolla en los procesos de investigación social, aportando para ello un conjunto de consideraciones tanto teóricas como empíricas. Mientras que la exploración teórica se centra en el uso de la noción de reflexividad en la metodología, la sociología y la antropología, el análisis empírico propone un análisis de la importancia de la reflexividad en tres aproximaciones específicas: la perspectiva biográfica, la etnografía y los métodos mixtos.

Partiendo de la presunción de que no existe una única manera de concebir y abordar la reflexividad metodológica, el libro interpela a las ciencias sociales e invita a preguntarse si en el marco de estas disciplinas los procesos de investigación social están condenados a la reflexividad.